

INTRODUCCION

← La comunicación exige rigor en el manejo de la palabra, y la palabra reclama responsabilidad de quien escribe ante la historia y la cultura. Pero aún más: la responsabilidad del hombre ante su lengua es la misma que éste tiene ante su espíritu, porque la palabra es el espíritu. Ante sí mismo, ante los demás y ante la historia, el hombre rinde cuentas de todo lo que dice. Y todavía más: de lo que dice depende en gran medida lo que se hace, y lo que se hace es un registro histórico dejado nuevamente en la memoria, en la matriz de una lengua, que, al ser fecundada por la actividad del que habla, escribe, piensa o lee, nos devuelve en gendros o maravillas, porque ella es a la vez, de todos los productos culturales, el mejor de los bienes y el peor de los males. Lo mismo sirve a propósitos ruines que a nobles. Lo mismo puede ser acallada que espléndida. Y para el periodista hay otra agravante: a diferencia de muchos poetas puristas que prefieren la esterilidad a decir impropiedades, los periodistas nos vemos forzados a decir impropiedades todos los días.

Todos los días tenemos que responder a las vejas preguntas: ¿y ahora qué escribo? ¿Cómo lo digo? Y muchas veces nos percatamos de que la información que transmitimos fue coartada o menoscabada por impedimentos formales.

Lo que decimos depende, con más frecuencia que la deseada, de la forma en que lo decimos.

Y estas son las razones del presente manual, que a los trabajadores de La Jornada ~~servirá~~ servirá de guía para resolver sus dudas más insistentes, así como para uniformar los criterios periodísticos, editoriales y estilísticos ~~que emplearemos~~ ^{que emplearemos.}

Al lector en general le ~~caerá~~^{disolverá} muchas de las dudas que le suscita su reflexión en el idioma, al mismo tiempo que le hablará de los principales criterios y principios aplicados en ^{el} periódico.

Los problemas que afrontamos al realizar este trabajo son ampliamente conocidos: el colonialismo cultural, la desenfrenada producción de neologismos, la lentitud normativa de ese órgano transnacional y multinacional que denominamos la Academia, el debate inagotable entre etimologismo y fonetismo, las divergencias intra y extraacadémicas de los gramáticos y lingüistas, la profusión en el Diccionario de imprecisiones, anacronismos, omisiones e incongruencias y, por último, la marcada insuficiencia de las normas gramaticales ante la acelerada expansión de nuestra lengua.

Academicismo, purismo, etimologismo, fonetismo, regionalismo, populismo y coloquialismo son los nombres de los más enconados contendientes en la refriega que fue necesario arbitrar, conciliar, para elaborar el manual.

En efecto, ante las confluencias y divergencias de estos ancestrales aunque caballerosos enemigos -todos los cuales han demostrado históricamente su derecho a la existencia-, no hubo más remedio que mediar, huyendo de las fáciles innovaciones y cuidándonos de no caer en anacronismos.

Siempre nos guiamos, no obstante, con el propósito de fortalecer la unidad de nuestra lengua. Aunque también aquí procuramos no caer en extremos, porque la defensa a ultranza de la unidad idiomática es tachada de academicismo o de purismo por su pretensión de impermeabilizar nuestro idioma contra

las influencias -muchas veces enriquecedoras- de otras lenguas. (Academicistas y puristas, afanados en restringir con la norma lo que ellos se imaginan como una suerte de comunicación contaminante.) Sin embargo, en el academicismo y en el purismo también nos hemos apoyado, aunque matizándolos con criterios regionalistas, fonetistas y populistas que, si bien es cierto que a veces lesionan la unidad idiomática, otras veces, en cambio, nos permiten ~~lograr~~ lograr ~~la~~ la información precisa ^y la comunicación sin menoscabo.

Estos conceptos pueden ser ilustrados por las soluciones que adoptamos con las palabras hall, lobby y jeep, por mencionar sólo algunas a manera de ejemplo.

Mientras que el academicismo recomienda eliminarlas a las tres, nosotros recurrimos a los criterios populista y fonetista para salvar al menos jeep. Todo mundo está de acuerdo en que los extranjerismos parásitos deben ser eliminados si se les encuentra, en español, sustitutos perfectos, y hall y lobby los tienen (vestíbulo y recibidor). Pero el caso de jeep es más complejo: además de extranjerismo, es un neologismo acuñado durante la Segunda Guerra Mundial, lo cual ha influido poderosamente para que este vocablo carezca en nuestro idioma de sustituto perfecto. Nadie nos entendería si, blandiendo la solución academicista, informáramos que "el 20 de noviembre desfilaron por el Zócalo cien vehículos todo terreno o cien automotores camperos".

Así, pues, escapando del academicismo, nos hospedamos en el uso generalizado -principal cliente del populismo-, y decidi-

mos rescatar la palabra jeep de las cloacas ^(de los puristas) ~~de los puristas~~ con el apoyo adicional del criterio periodístico de lograr siempre la más alta, la más tensa precisión: si con la intención de decir jeep escribimos jeep, nuestros lectores tendrán sin duda la imagen del jeep. Ahora bien, apegado en seguida al criterio fonetista de castellanizar aquellas voces que, procedentes de otras lenguas, no es posible o no es prudente desechar, el manual ordena "yip" en español.

Estos y otros sincretismos fueron convocados en la elaboración del manual, pero antes de comenzarlo tuvimos que formularnos una grave pregunta, y a esta pregunta ^{debimos} ~~debimos~~ darle ~~una~~ respuesta. Esa pregunta y esa respuesta, como un dado, han sido arrojadas al cielo del pensamiento por todos los que alguna vez nos hemos visto en la necesidad de normar ciertos usos de la lengua, pero nadie como Pedro Salinas ha podido darles expresión, en uno de los momentos más brillantes de la prosa española contemporánea: "¿Tiene o no tiene el hombre, como individuo, el hombre en comunidad, en sociedad, deberes inexcusables, mandatorios, en todo momento, con su idioma? ¿Es lícito adoptar en ningún país, en ningún instante de su historia, una posición de indiferencia o de inhibición ante su habla? ¿Quedarnos, como quien dice, a la orilla del vivir del idioma, mirándolo correr, claro o turbio, como si nos fuese ajeno? O, por el contrario, ¿se nos impone, por una razón de moral, una atención, una voluntad interventora del hombre hacia el habla? Tremenda frivolidad es no hacerse esa pregunta. Pueblo que

no la haga vive en el olvido de su propia dignidad espiritual, en estado de deficiencia humana. Porque la contestación entraña consecuencias incalculables. Para mí la respuesta es muy clara: no es permisible a una comunidad civilizada dejar su lengua desarbolada flotar a la deriva, al garette, sin velas, sin capitanes, sin rumbo".

El rumbo de estas páginas ha sido mejorar nuestra expresión, pero faltan aún las enmendaduras y sugerencias del personal del diario y de los lectores, de modo que esta sea sólo la base de un trabajo en equipo más amplio y profundo para que, en 1986, podamos contar con una segunda edición más digna de nuestra lengua.

Justo es destacar que en su actual modesto estado, este manual no hubiera sido posible sin los apuntes que, recopilados durante años, nos fueron proporcionados por Humberto Musacchio, quien, además, lo enriqueció con sus observaciones y nos facilitó un importante auxilio bibliográfico; así mismo, que en la selección y redacción de algunos artículos prestó una ayuda fundamental Enrique Mercado, y que Luis González de Alba hizo sugerencias valiosas, algunas de las cuales fueron incorporadas. ~~Algunas de las cuales fueron incorporadas.~~

A Carlos Payán, Miguel Angel Granados Chapa, Héctor Aguilar Camín y Carmen Lira, agradecemos su apoyo, comprensión y paciencia.

Sergio Loya

Jefe de redacción

15 de febrero de 1985